

— Creo que tienes razón, Sócrates, cuando me invitas vi a que intente empezar cualquier empresa con la ayuda de los dioses, dándome a entender que los dioses tienen en sus manos tanto las tareas de la paz como las de la guerra. Por ello intentaremos obrar así. Pero tú, volviendo a coger el tema donde dejaste de hablar sobre la administración de la hacienda, trata de exponer el tema paso a paso, porque ahora pienso que, después de oír lo que dijiste, ya distingo mejor que antes lo que tengo que hacer para procurarme los medios de vida.

— ¿Y qué dirías, respondió Sócrates, si en primer lugar repasáramos los puntos de acuerdo en nuestra conversación, para intentar en la medida de lo posible llegar también a un acuerdo en lo que nos queda por discutir?

— Al menos resulta agradable, dijo Critobulo, que, de la misma manera que llegan a un acuerdo sin ambigüedades los socios de un negocio, también nosotros, compañeros de discusión, recorramos punto por punto, poniéndonos de acuerdo en los temas que discutimos.

— Desde luego, dijo Sócrates, la administración de la hacienda nos pareció que era el nombre de un saber, y este saber resultó ser el que hace que los hombres puedan acrecentar su hacienda; hacienda nos pareció ser lo mismo que la totalidad de las propiedades, y, a su vez, afirmamos que propiedad era lo provechoso para la vida de cada uno,

y provechoso se descubrió que era todo aquello de lo que se supiera hacer uso. Y nos pareció que, desde luego, no era posible aprender todos los saberes, pero rechazamos, de acuerdo con las ciudades en nuestro examen, las artes llamadas manuales, porque no sólo parecen estropear el cuerpo, sino, además, enervar el alma.

6 — Dijimos que la prueba más evidente de ello sería, en el caso de que el enemigo invadiera el país, poner por separado a los labradores y a los obreros y preguntarles si votaban por defender el campo o por renunciar a su
7 defensa y custodiar las murallas. Pensamos que los campesinos votarían por defender el campo y los obreros por no combatir sino permanecer sentados, que es precisamente en lo que han sido educados, lejos del esfuerzo y el
8 peligro. También llegamos a la conclusión de que para el hombre de bien la agricultura es la actividad y el saber más importante, ya que de ella se procuran los hombres
9 el sustento. Y esta actividad nos pareció la más fácil de aprender y la más agradable de practicar, la que mantenía los cuerpos más sanos y robustos y la que más ocio dejaba al espíritu para dedicarse a los amigos y a la ciudad.
10 También nos pareció que la agricultura contribuía a estimular el valor, al producir los alimentos y nutrir los rebaños a los labriegos fuera de las murallas. Por este motivo tenía esta manera de vivir el mayor prestigio en las ciudades, ya que parece proporcionar los mejores ciudadanos y los más leales a la comunidad.

11 — Creo que estoy más que suficientemente convencido de que vivir de la agricultura es lo más noble, lo mejor y lo más agradable. Pero en lo que decías de haber descubierto las razones por las que unos cultivan la tierra de modo que gracias a la agricultura consiguen en abundancia lo que necesitan, mientras que otros la cultivan de tal

suerte que la agricultura no les reporta beneficio, es un punto en el que me gustaría oírte, para hacer lo que sea bueno y desechar lo que resulte perjudicial.

— ¿Y qué dirías, Critobulo, preguntó Sócrates, si te contara desde el principio cómo conocí una vez a un hombre que me parecía que en realidad era uno de esos que con razón se llaman «hombres de bien»?

— Sin duda me gustaría mucho oírte, respondió Critobulo, puesto que yo también estoy deseando llegar a ser digno de ese nombre.

— Entonces te voy a contar, dijo Sócrates, cómo llegué a tener noticia de él. Muy poco tiempo me bastó para visitar a los buenos carpinteros, los buenos herreros, buenos pintores, buenos escultores y otros por el estilo, y para contemplar sus obras consideradas como bellas. Pero mi alma estaba muy ansiosa de encontrarse con alguno de los que tienen ese venerable nombre de «hombres de bien» para averiguar qué hacían para merecer tal denominación. Y al principio, como el epíteto «bello» está añadido al de «bueno», en cuanto veía a alguien bello me acercaba a él y trataba de descubrir si veía que la «bondad» estaba acompañando a la «belleza». Pero, naturalmente, no era así, sino que me pareció advertir que algunos del todo bellos de aspecto eran malvados de espíritu. Entonces, dejando de lado la bella apariencia, decidí acercarme a uno de los llamados hombres de bien. Y como oía decir entre hombres y mujeres, ciudadanos y extranjeros, que Iscómaco era invocado como hombre de bien, decidí intentar ponerme en relación con él.

JENOFONTE (1993), pp. 245-250 (VIII 1-23).

«¿Acaso te diste cuenta, Iscómaco», le pregunté viii yo, «si tus palabras estimularon su interés?». «Sí, ¡por Zeus!», me contestó Iscómaco, «y sé que se disgustó y se ruborizó mucho porque, al pedirle yo algo de lo que había almacenado, no pudo dármelo. Entonces yo, al verla afligi- 2 da, le dije: “No te desanimes, mujer, porque no hayas podido darme lo que te pido; sin duda es un detalle de pobreza no poder disponer de algo que se necesita, pero esta carencia es menos dolorosa, la de no poder conseguir lo que se busca, que la de no poder buscar siquiera, sabiendo que no se tiene. Por otra parte, dije yo, no tienes tú la culpa de esto, sino yo, porque lo puse en tus manos sin señalarte previamente los lugares donde debías colocar cada cosa, para que supieras dónde debías ponerlas y de dónde tomarlas. Nada hay más útil, mujer, ni tan hermoso para 3 los hombres como el orden. Así, un coro está compuesto de una serie de personas, pero cuando cada uno actúa a su aire, resulta simple confusión y no es agradable verlos,

mientras que cuando actúan y cantan disciplinadamente, las mismas personas dan la impresión de un espectáculo digno de verse y de oírse. Así, también un ejército, querida, si está desordenado es una masa confusa, la presa más fácil para el enemigo y el más amargo espectáculo para los amigos, algo completamente inútil, asnos, tropas, bagajeros, infantería ligera, jinetes, carros, todo revuelto ²¹. ¿Cómo podrían marchar en esas condiciones? Se estorbarán unos a otros, el que anda al que corre, el que corre al que está parado, el carro al jinete, el asno al carro, el bagajero al soldado. Y si tienen que entablar combate, ¿cómo podrían combatir en tal situación? Porque los que tienen que retirarse cuando ataca el enemigo, son capaces de arrollar en su repliegue a la infantería pesada. En cambio, un ejército en orden es el espectáculo más bello para los amigos y el más desagradable para los enemigos. ¿Qué amigo, en efecto, no vería con placer un numeroso grupo de tropas avanzando en formación, o quién no se admiraría ante una carga de caballería por escuadrones, o qué enemigo no se asustaría al ver a la infantería, caballería, tropas ligeras, arqueros y honderos formados en filas cerradas y siguiendo a sus oficiales en perfecta disciplina? Cuando marchan en orden, aunque sean muchas decenas de millares, se mueven todos tranquilamente como un solo hombre, pues los de detrás avanzan sin interrupción hacia el hueco que va quedando delante. Y los barcos de guerra, repletos de gente, ¿por qué otro motivo son temibles para el enemigo y un espectáculo digno de admiración para los amigos, sino porque navegan con rapidez? ¿Y por qué otro motivo no se molestan unos a otros los que van a bordo sino porque están sentados en orden, halan y bogan en

²¹ *Cirop.* VI 3, 25, *Rec.* III 1, 7.

orden, y en orden embarcan y desembarcan? El desorden, en mi opinión, es lo mismo que si, por ejemplo, un granjero amontonara juntos cebada, trigo y legumbres, y luego, cada vez que tuviera que hacer una torta, una hogaza de paz o un companaje, tuviera que separarlos en vez de tenerlos ya dispuestos para su uso. Y así, querida, si quieres librarte de esta confusión y saber administrar correctamente los bienes, poder coger fácilmente lo que necesites y poder usarlo, y, si te pido algo, dármelo gustosa, decidamos que cada cosa tenga un lugar adecuado, pongámosla en su sitio e instruyamos a la sirvienta para que la coja de allí y la ponga de nuevo en su sitio. Así sabremos lo que está en buenas condiciones y lo que no, pues el mismo hueco nos hará echar de menos lo que falta, nuestra mirada revisará lo que necesita cuidado y nos facilitará saber dónde está cada cosa al momento, de modo que no tendremos problemas para utilizarlas". Una vez tuve ocasión de subir a bordo de un gran barco mercante fenicio, Sócrates, y creo que nunca había visto un aparejo tan perfectamente ordenado. Pude ver, en efecto, una enorme cantidad de material distribuido en un continente pequeñísimo. La nave, en efecto, fondea y zarpa gracias a muchos aparejos de madera y de cuerda, navega por medio de muchos artefactos llamados colgantes, está armada con gran número de ingenios contra buques enemigos, transporta además numerosas armas para sus tripulantes y lleva para cada comensalía todos los utensilios que las personas suelen emplear en su casa. Aparte de esto, está repleto de cuantas mercancías lleva el armador para su lucro. Y todo esto que voy diciendo cabía en un espacio no mucho mayor que una habitación

²² La palabra griega es *syssitia* «comida en común», referida a grupo de marineros.

mediana con capacidad para diez camas²³. También me di cuenta de que todo estaba colocado de manera que no se estorbaran unas cosas a otras, ni se necesitara esfuerzo para buscarlas, ni estuvieran desordenadas, ni fueran difíciles de desatar hasta el punto que ocasionaran demoras cuando hubiera que utilizarlas rápidamente. Me di cuenta también de que el auxiliar del timonel, que se llama oficial de proa, conocía tan al dedillo el lugar de cada cosa que incluso estando fuera del barco podría decir dónde estaba cada una y cuántas había, lo mismo que el que sabe el alfabeto podría decir cuántas letras tiene la palabra Sócrates y dónde se coloca cada una. Le vi también», dijo Iscómaco, «revisando en sus ratos libres todo lo que hay que utilizar en la travesía. Sorprendido al ver su inspección, le pregunté qué hacía. Y él me contestó: “Estoy inspeccionando, extranjero, por si ocurriera algún accidente, en qué estado se encuentran los aparejos del barco, por si falta alguno o si algo plantea problemas de manejo. Porque, cuando la divinidad provoca una tempestad en el mar, no es posible ni buscar lo que se necesita ni entregar lo que no está preparado. La divinidad, en efecto, amenaza y castiga a los descuidados, y te puedes considerar muy afortunado con tal de que no aniquile a los inocentes; si además salva a los que cumplen muy bien, tenemos que estar muy agradecidos”. Entonces, yo, al advertir ese orden perfecto de los aparejos del barco, le dije a mi mujer que sería terrible nuestra indolencia si los marineros encuentran espacio en los barcos por pequeños que sean y aunque se vean agitados por un violento oleaje mantienen, sin em-

²³ *Dekáklinos*, literalmente «con espacio para diez camas», pero, al parecer, tales compuestos de *kline* (cama) se empleaban para expresar medidas concretas, en este caso unos 25 metros cuadrados.

bargo, el orden y por aterrorizados que estén encuentran lo que necesitan coger, y en cambio nosotros, a pesar de tener distribuidos grandes arcones en la casa por separado para cada cosa, y aunque la casa está sólidamente asentada en tierra firme, no encontramos un sitio adecuado y a mano para cada objeto. ¿No sería grande nuestra insensatez? Queda dicho lo ventajoso que es tener ordenado el dispositivo de enseres y lo fácil que es encontrar un lugar en la casa para poner donde conviene cada uno. ¿Qué hermoso resulta ver colocados los calzados uno junto a otro, cualquiera que sea su calidad, qué bello espectáculo ver los mantos de todas clases bien colocados por separado, las mantas, los vasos de bronce, los utensilios de la mesa, qué bello incluso lo que más haría reírse no al hombre serio, sino al ingenioso: que hasta las marmitas (según se dice) puestas en buen orden dan sensación de armonía. Todo lo demás en general gana en belleza si está puesto en orden. Porque cada clase de enseres se parece a un coro, y el centro de todos ellos resulta bello, al haber entre cada uno un espacio libre. De la misma manera, el coro cíclico²⁴ no sólo es un bello espectáculo por sí mismo, sino que también su centro parece bello y diáfano. Si es verdad lo que estoy diciendo, podemos incluso hacer la prueba, sin problemas y con pocas molestias. Además, mujer, tampoco debe desanimarte pensar que sea difícil encontrar quién esté dispuesto a aprender el lugar de los objetos y de acordarse luego de volver a poner cada cosa en su sitio. Pues sabemos indudablemente que la ciudad en su conjun-

²⁴ *Kyklioi* eran los coros que cantaban ditirambos. El nombre puede proceder del lugar donde cantaban, que por ser redondo condicionaba sus evoluciones.

to lo tiene todo en proporción diez mil veces ²⁵ mayor que nosotros, a pesar de lo cual, y cualquiera que sea el criado que se mande a comprar algo en la plaza, ninguno se quedará perplejo, sino que se verá que todos saben dónde tienen que ir para adquirir cada cosa. Y la única razón de ello es que cada cosa está colocada en un sitio determinado.

- 23 En cambio, cuando un hombre busca a otro, y a veces incluso siendo buscado por éste, a menudo renuncia a su empeño antes de encontrarlo. Y la causa de esto es, a su vez, no otra cosa sino el no haber acordado previamente dónde debe cada uno de los dos esperar. Ésta es más o menos la conversación que recuerdo que mantuvimos a propósito del orden de los enseres y de la manera de colocarlos».

JENOFONTE (1993) pp., 262-265 (XII 1-20)

xii «Pero temo que te estoy reteniendo, Iscómaco», dije, «y que tú estás deseando marcharte». «De ningún modo, Sócrates, ¡por Zeus!», contestó, «pues no pienso irme hasta 2 que el mercado esté completamente vacío». «¡Por Zeus!», exclamé, «muchas precauciones tomas para no perder el derecho al apelativo de hombre de bien. Por ello, ahora, aunque tal vez te reclamen muchas obligaciones, como te citaste con los extranjeros, los esperas para no faltar a tu palabra». «Pero tampoco me desentiendo, Sócrates, de las obligaciones a que te refieres, pues tengo capataces en la 3 finca». «Y cuando necesitas un capataz», le pregunté, «¿averiguas si hay en alguna parte alguien que sea capaz y procuras comprarlo, como cuando necesitas un carpintero estoy seguro de que reconsideras si viste en alguna parte alguien con esa capacidad e intentas adquirirlo, o tú mismo procuras instruir a tus capataces?». «¡Por Zeus!, Sócrates, yo mismo intento instruirlos», dijo. «Porque el hombre que deba bastarse para cuidar de la finca en mi lugar cuando yo esté ausente, ¿qué otra cosa necesita saber sino lo mismo que yo conozco? Y si efectivamente yo soy capaz de dirigir las faenas, sin duda podría también enseñar a 4 otro lo que yo mismo sé». «Entonces», dije yo, «tendrá que ser ante todo leal a ti y a los tuyos, si va a representar-

⁴⁰ Éste era el lema de los sofistas.

te en tu ausencia. Porque sin lealtad ¿de qué sirven los conocimientos del capataz, cualesquiera que sean?». «De nada, ¡por Zeus!», dijo Iscómaco, «y precisamente por eso intento formarlo ante todo en la lealtad hacia mí y los míos». «¿Y cómo formas, ¡por los dioses!», dije yo, «a 6 quien quieres que tenga lealtad hacia ti y los tuyos?». «Siendo generoso, ¡por Zeus!», contestó Iscómaco, «cada vez que los dioses nos conceden algún bien en abundancia». «¿Quiere decir con eso», dije, «que quienes disfrutan de tus bienes se hacen leales a ti y desean tu prosperidad?». «Sí, Sócrates, porque veo que éste es el mejor instrumento para conseguir su lealtad». «Y una vez que se ha hecho leal 8 a ti, Iscómaco», le dije, «¿será por ello un capataz competente? ¿No te das cuenta de que casi todos los hombres, por así decirlo, son leales a sí mismos y, sin embargo, muchos de ellos no están dispuestos a molestarse para tener los bienes que desean?». «¡Por Zeus!», dijo Iscómaco, «es 9 que cuando quiero nombrar capataces a tales personas también les enseño a ser diligentes». «¿Cómo, por los dioses?» 10 dije, «porque yo estaba totalmente convencido de que no se podía enseñar a ser diligente». «Tampoco es posible, Sócrates», respondió, «enseñar a todos uno tras otro a ser diligentes». «En ese caso», dije yo, «¿a quiénes se puede enseñar? Indícelos claramente». «En primer lugar, Sócrates», dijo, «no podrías hacer diligentes a los alcohólicos, pues la embriaguez ocasiona el olvido de todas las obligaciones». «Entonces», pregunté yo, «¿únicamente los 12 dominados por la bebida son incapaces de ser diligentes, o también hay otros?» «Sí, ¡por Zeus!», respondió Iscómaco, «también los que se dejan dominar por el sueño, porque dormidos no podrían cumplir personalmente sus obligaciones ni proponer a otros para que las cumplieran». «Bien, entonces», dije yo, «¿únicamente éstos serán inca- 13

paces de ser instruidos en esta diligencia, o hay otros además de éstos?». «En mi opinión», dijo Iscómaco, «los que están locamente apasionados por los placeres amorosos tampoco pueden asimilar otro cuidado que el de su amor.

14 No es fácil, en efecto, que encuentren esperanza u ocupación más placentera que la de sus amores, ni tampoco es fácil encontrar, cuando abandonan lo que tienen que hacer, un castigo más duro que la separación de sus enamorados. Por ello renuncio a intentar siquiera formar capa-

15 taces con individuos de esta clase». «¿Y qué ocurre», le dije, «con los que tienen pasión por el lucro?, ¿también éstos son incapaces de aprender el cuidado de las faenas agrícolas?». «No, ¡por Zeus!», contestó Iscómaco, «de ningún modo, sino que incluso es muy fácil educarlos en esta tarea. No hay que hacer otra cosa que mostrarles que su

16 diligencia es lucrativa». «En cuanto a los demás», dije, «si son capaces de dominar las pasiones que tú condenas y son codiciosos de una manera discreta, ¿cómo les instruyes para ser diligentes en lo que tú deseas?». «De una manera muy sencilla, Sócrates», respondió. «Cuando veo que son diligentes, les alabo y procuro concederles honores, pero cuando veo que se descuidan trato de decirles y de hacerles

17 cosas que les duelan». «¡Ea!, Iscómaco», dije, «deja de momento a un lado el tema de los que son educados en la diligencia y háblame del sistema educativo en sí; ¿Se puede hacer a los demás diligentes siendo uno mismo indo-

18 lente?». «No, ¡por Zeus!», respondió Iscómaco, «lo mismo que una persona que no sepa música no puede enseñar música a otros. Porque es difícil que se pueda aprender a hacer bien lo que el maestro enseña mal, y si el amo enseña a ser indolente es difícil que el criado resulte dili-

19 gente. Para decirlo en pocas palabras, creo que no he encontrado esclavos buenos en manos de un amo malo; en

cambio, sí he visto esclavos malos de un amo bueno, pero al menos no quedaban impunes. Quien quiera formar hombres diligentes debe supervisar y examinar las tareas, estar dispuesto a recompensar al responsable de una labor bien hecha y no vacilar en imponer el justo castigo al indolente. Me parece que está muy bien, dijo Iscómaco, la respuesta 20 que se atribuye al bárbaro cuando el Gran Rey se encontró con un buen caballo, quiso engordarlo en el más breve plazo posible y le preguntó a uno que tenía fama de entendido en caballos qué es lo que más rápidamente engorda al caballo. Se dice que el otro respondió: «el ojo de su amo»⁴¹. De la misma manera, Sócrates, me parece que en general es el ojo del amo lo que consigue los mejores resultados».

⁴¹ Sobre el conocido proverbio de que «el ojo del amo engorda al caballo», cf. ARIST., *Ec.* II 6, 1345a; CATÓN, *de r. r.* IV; COLUMELA, I 1 18, III 21, 4; PLUT., *de lib. ed.* 9D.

JENOFONTE (1993), pp. 283-288 (XX 1-29).

En ese momento dije yo: «Si el arte de la agricultura xx es tan fácil de aprender y todos saben igualmente lo que hay que hacer, ¿cómo es que no todos tienen la misma suerte, sino que unos viven en la abundancia y tienen más

de lo que necesitan, mientras que otros no sólo ni siquiera pueden satisfacer sus necesidades vitales, sino que incluso se cubren de deudas?». «Voy a explicártelo, Sócrates», respondió Iscómaco. «Porque no es el saber o la ignorancia de los agricultores lo que hace que unos prosperen y otros sean pobres. Tampoco oirás correr rumores como éste: "Se ha arruinado una casa porque el sembrador no sembró por igual, o porque no plantó en línea recta las hileras, o porque alguien por ignorar qué tierra produce viñas plantó en terreno improductivo, o porque Fulano no supo que es bueno preparar el barbecho antes de sembrarlo, o porque ignoró que conviene mezclar estiércol con la tierra". En cambio, es mucho más probable oír que alguien no consigue trigo de su campo porque no se preocupa de sembrarlo o de estercolarlo. O que tampoco tiene vino Mengano porque no se cuida de plantar vides ni de hacer que produzcan las que tiene. Tampoco tiene aceite ni higos Zutano porque no se preocupa ni procura tenerlos. En eso consiste, Sócrates, la diferencia entre unos agricultores y otros, que hace que también su fortuna sea diferente, mucho más que porque parezca que han descubierto algún invento para trabajar la tierra. Lo mismo ocurre en algunos aspectos del arte militar, en el cual unos generales son mejores que otros, y se diferencian, sin duda, no por su inteligencia, sino por su interés. Porque los principios que conocen todos los generales, y la mayoría de los soldados rasos, unos jefes los ponen en práctica y otros no. Por ejemplo, todos saben que cuando se avanza por tierra enemiga es mejor marchar en la formación más conveniente para entablar combate si es preciso. Pues aunque todos lo saben, unos proceden así y otros no. Todos saben que es mejor poner centinelas día y noche delante del campamento,

pero unos procuran que se haga así y otros no se preocupan. A su vez, cuando avanzan por un desfiladero, ¿no es muy difícil encontrar a alguien que no sepa que es mejor ocupar primero los puntos estratégicos? Sin embargo, unos se preocupan de hacerlo y otros no. Así también, todos dicen que el estiércol es lo mejor para el cultivo de la tierra y ven que se forma de una manera natural; sin embargo, a pesar de saber perfectamente cómo se produce y siendo fácil conseguirlo en cantidad, unos se cuidan de reunirlo y otros se desentienden del todo. Aun así, el cielo envía la lluvia, las cavidades se convierten en charcas y la tierra produce toda clase de maleza; el que quiera sembrar tiene que limpiar la tierra. Si se echan al agua las hierbas que se han desbrozado, el tiempo mismo las convierte en el estiércol que agrada a la tierra, porque ¿qué maleza, qué tierra no se vuelve estiércol en agua estancada? Los cuidados que necesita la tierra cuando está demasiado húmeda para la siembra o demasiado salina para el plantío todo el mundo los conoce: cómo se extrae el agua por medio de canales y cómo se corrige la salinidad mezclándola con sustancias no salobres, líquidas y secas; pero unos se preocupan de hacerlo y otros no. Aun en el caso de que alguien ignorase por completo lo que la tierra es capaz de producir, o no pudiera observar sus frutos y cultivos, ni pudiera oír a quien le informara con veracidad sobre ella, ¿no es mucho más fácil para cualquiera ensayar en una parcela de tierra que hacer la prueba con un caballo, y mucho más que con un hombre? Porque la tierra no exhibe nada para engañar, sino que revela simplemente y con veracidad lo que puede y lo que no puede producir. Yo creo que la tierra, por el hecho de ponerlo todo al alcance de nuestro conocimiento y facilidad de comprensión, es la mejor piedra de toque para distinguir a los buenos y

a los malos. En efecto, a diferencia de las demás artes ⁶⁰, los que no la practican no pueden poner como pretexto su ignorancia: todos saben que la tierra devuelve favor por favor. La desidia en la agricultura es una clara acusadora de un espíritu mentiroso: nadie podría convencerse a sí mismo de que puede vivir sin lo necesario; si un hombre no conoce ningún oficio lucrativo ni está dispuesto a ser labrador, es evidente que o se propone vivir del robo, la rapiña o la mendicidad, o está completamente loco.

16 Para que la agricultura produzca ganancias o pérdidas es muy importante que el amo, aunque sean muchos los trabajos empleados, se cuide o se desentienda de que los hombres estén en el trabajo a su hora. El que estén trabajando todo el tiempo fácilmente supone una diferencia de un hombre por cada diez, y abandonar el trabajo antes del tiempo equivale también a otro hombre de diferencia. 17 El permitir que los obreros anden remoloneando todo el día equivale fácilmente a una diferencia negativa de la mitad de todo el trabajo. Lo mismo que en una marcha a lo largo de doscientos estadios recorridos por dos corredores, ambos jóvenes y con buena salud, sacan entre ellos una diferencia de cien estadios si uno va directo a su objetivo y el otro se muestra indolente, descansando junto a los manantiales y a la sombra, tumbándose y buscando 19 suaves brisas, también en la labranza hay una gran diferencia en cuanto a eficacia entre los que llevan a cabo el trabajo que se les ha encomendado y los que, en vez de trabajar, encuentran un pretexto para no hacerlo y se pasa 20 por alto su desidia. Entre trabajar bien o mal hay tanta diferencia como entre trabajar a conciencia o estar completamente parado. Si cada vez que se cavan las viñas para

⁶⁰ Aquí hay una laguna en el texto.

dejarlas limpias de maleza se hace de modo que la broza crezca más y mejor, ¿cómo podría decir que esto no es otra cosa que no hacer nada? Eso es lo que arruina las 21 haciendas, mucho más que la excesiva ignorancia. Porque si los gastos que originan las propiedades no disminuyen en absoluto y los trabajos no dejan ningún beneficio sobre los gastos, no hay que extrañarse que, en vez de alcanzarse un superávit, se consigan pérdidas. Por otra parte, mi pro- 22 pio padre puso en práctica y me enseñó a mí el método más eficaz para ganar dinero con la agricultura, si se es capaz de poner interés y de trabajar la tierra con empeño. De ninguna manera permitía comprar un terreno preparado, sino más bien aconsejaba adquirir el que por abandono o incapacidad de sus propietarios estuviera sin plantaciones ni cultivos. Decía, en efecto, que los terrenos traba- 23 jados cuestan mucho dinero y no pueden ser mejorados, y añadía que los campos que no pueden mejorarse no producen tantas satisfacciones, pues creía que toda propiedad agraria o ganado que vaya a mejor es lo que causa mayores alegrías. Y nada queda más mejorado que un campo convertido de erial en productivo. Porque ten por seguro, 24 Sócrates, que ya conseguimos que muchos terrenos alcanzan una cotización muy por encima de su valor original. Y este método, Sócrates, es tan valioso y tan fácil de aprender que tú ahora, después de oírlo, te irás sabiéndolo lo mismo que yo y podrás enseñárselo a otro si quieres.

Además, mi padre ni lo aprendió de otro ni lo descubrió tras muchas cavilaciones, sino que por su amor a la agricultura y al trabajo decía que quería este terreno para tener en qué ocuparse y conseguir al mismo tiempo placer y beneficios. Porque mi padre, Sócrates, era en mi opinión 26 un apasionado por la agricultura, más que ningún otro ateniense». Yo al oír esto le pregunté: «Tu padre, Iscómaco,

¿conservaba los terrenos que había trabajado o los vendía, si podía conseguir un buen precio?». «Los vendía, ¡por Zeus! Pero en seguida volvía a comprar otro, pero yermo, 27 por su amor al trabajo». «Quieres decir, Iscómaco, que tu padre en realidad amaba la agricultura tanto como los comerciantes aman el trigo. Los comerciantes, en efecto, por su intensa pasión por el trigo, dondequiera que oyen que hay más, allí navegan en su busca, surcando el mar Egeo, 28 el Ponto Euxino y el mar de Sicilia. A continuación se hacen con la mayor cantidad posible y lo llevan a través del mar, cargándolo incluso en el mismo barco en el que ellos navegan. Y cuando necesitan dinero, no se deshacen de él a la buena de dios y en cualquier lugar en que se encuentren, sino donde oyen que el trigo tiene un valor mayor y goza de más estima, allí lo llevan y se lo entregan a sus habitantes. Así es como parece que tu padre amaba 29 la agricultura». A esto dijo Iscómaco: «Estás bromeando, Sócrates, pero yo creo que tampoco aman menos la construcción quienes después de construir una casa la venden, y a continuación construyen otras». «Sí, ¡por Zeus!, Iscómaco», contesté, «y declaro bajo juramento que te creo: todos los hombres aman por naturaleza las cosas de las que piensan que van a sacar provecho».